

Bolonia, el plan

De un tiempo a esta parte, gracias (sobre todo) a los medios de comunicación, se nos ha hecho muy familiar esta palabreja. No es que antes no fuese importante: se trata de la capital de la Emilia-Romaña, donde desde sus torres se pueden ver Los Dolomitas y Los Apeninos, donde en 1088 (justo once años después de que la actual bandera europea más antigua ondease por vez primera en la alcazaba de Almería) se creó –según parece- la primera universidad europea, donde estudiaron –entre otros- Dante, Erasmo, Copérnico y Antonio de Nebrija, donde nacieron el Nobel de Física Marconi y, también, el director de cine y escritor P.P. Passolini. En particular, donde nació la salsa boloñesa que tan ricamente acompaña a los tallarines que tú te comes.

Desde el 19 de junio de 1999, se ha reforzado su fama con la Declaración que acompaña a su nombre y que, firmada por 29 mandatarios europeos, propone, esencialmente, cuatro cosas: la homologación de las enseñanzas europeas, apuesta por el aprendizaje permanente, introducción de nuevas metodologías docentes y de un nuevo modelo de financiación. Todo esto, en un momento en el que, según reza literalmente en un informe de la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) *“la universidad ya no es más un lugar tranquilo para enseñar, realizar trabajo académico a un ritmo pausado y contemplar el universo como ocurría en siglos pasados. Ahora es un potente negocio, complejo, demandante y competitivo que requiere inversiones continuas y de gran escala”*.

Ciertamente, es bueno que seamos capaces de adaptarnos a nuestro entorno europeo con una dotación docente e investigadora y de medios que nos permita competir con un escenario globalizado. Será bueno que nuestro acceso al Saber sea reflejo de una Sociedad que trabaja desde unas estructuras que buscan la eficacia en los resultados, la excelencia en la producción y la justicia en las relaciones humanas. Pero este proceso, por su amplitud y calado, no debe hacernos prejuzgar sus motivaciones: tiene, cómo no, sus luces y sus sombras.

Por esto, debemos trabajar porque no haya una única manera de entender cómo llevarlo a cabo: el compromiso de la Universidad con la Sociedad, por tanto, no consiste, únicamente, en responder a la demanda profesional que el mundo de la empresa precisa. Hay más voces en la Sociedad. El Plan Bolonia no puede significar, en ningún caso, interpretar la Universidad desde un marco empresarial: el Saber, que está en la Luz (*universitas almeriensis dixit*), no (sólo) sabe de las urgencias de la productividad inmediata.

Fecha: 27/04/09

Enrique de Amo
Decano Facultad de Ciencias Experimentales
UAL